

UN PERSONAJE MISTERIOSO

Ricardo Donoso Novoa

¿Sólo los actores de primera fila, los personajes centrales que aparecen en el escenario de la historia, deben suscitar la admiración de la posteridad, mover la pluma de los escritores y la curiosidad de los eruditos? ¿No reclaman también nuestra atención, en el gran panteón del pasado, todos aquellos seres humildes e ignorados, más o menos anónimos, que han allegado su esfuerzo a la realización de las grandes empresas, servido de auxiliares a los poderosos y de instrumento a los audaces? Su nombre no aparece en los textos de estudio, su figura no se perpetúa en estatuas, y la huella de sus actividades apenas puede rastrearse en los documentos privados, ocultos en el fondo de las gavetas. ¿Qué queda de ellos? Las más de las veces un recuerdo borroso, una fama turbia, una memoria discutible y perecedera.

A este grupo de personalidades, que no son pocas en el dilatado campo del pasado de nuestro país, perteneció don Agustín Gutiérrez Moreno, neogranadino de nacionalidad, chileno por la intervención en los negocios públicos de Chile, correo de gabinete, agente confidencial y espía en los angustiosos días en que los hombres públicos de la más remota colonia española de América fueron a golpear a los altivos palacios de los monarcas de Europa, en demanda de un príncipe para sus proyectados tronos, como un medio de afianzar el vacilante edificio de la flamante nacionalidad.

La situación de Chile, a raíz del triunfo glorioso de Maipú, distaba mucho de ser halagadora, y no podía, de ninguna manera, considerarse como definitivamente afianzada la estabilidad del país. No cabía la menor duda de que el gobierno peninsular intentaría recuperar a toda costa el terreno perdido. En estas circunstancias, a fines de 1818, llegó a Chile don Julián Alvarez, redactor de *La Gaceta Oficial* de Buenos Aires, trayendo una carta del Director Supremo, don Juan Martín de Pueyrredón, para don Bernardo O'Higgins. En ella le hacía presente la conveniencia de acreditar algún representante diplomático en las Cortes de Europa, ante la posibilidad de que se tratara de la cuestión de la independencia de las colonias españolas de América en el Congreso de Soberanos que se reuniría en Aquisgrán. Pero Pueyrredón no se atrevió a confiar al papel lo que de viva voz dijo a Alvarez, para que a su vez lo transmitiera a O'Higgins, esto es, que había estado en secretos tratos con el coronel Le Moyne, enviado por el Embajador de Francia ante la Corte de Londres, con la misión de apartar a los bonapartistas de los consejos de Buenos Aires, de protestar contra las intrigas que pudieran prepararse contra Santa Elena, de anunciar que los gobiernos continentales verían con mucha repugnancia el establecimiento de Repúblicas en esta parte de América y de trabajar, por todos los medios posibles, a fin de contrarrestar la supremacía política y comercial que comenzaba a adquirir Inglaterra.

Anduvo afortunado el coronel Le Moyne en su misión secreta, por cuanto de allí a poco el Gobierno de las Provincias Unidas acreditaba como su Plenipotenciario al Congreso de Aquisgrán al presbítero don José Valentín Gómez, y el Gobierno de Chile hacía otro tanto

designando al efecto, como su representante ante las Cortes de Europa, al propio Ministro de Gobierno y de Relaciones Exteriores, don Antonio José de Irisarri, con el encargo de negociar, de acuerdo con Gómez, el establecimiento de la monarquía orleanista en Buenos Aires y Santiago. El precio de este trono era el reconocimiento de la independencia de estos países, mediante la protección que le dispensarían los gobiernos de la Santa Alianza.

Le Moyne salió de Buenos Aires para Londres a fines de octubre de 1818, a bordo de un buque inglés, y poco después partió el presbítero Gómez por la vía de Río de Janeiro. El Plenipotenciario de Chile no demoró tampoco su partida, y el 12 de diciembre tomaba el camino de la cordillera y de la pampa, para arribar a la capital del Plata en los primeros días de enero. Permaneció Irisarri algunas semanas en Buenos Aires, que aprovechó fructuosamente, y conferenció largo con el Director Supremo Pueyrredón. Después de suscribir el tratado de 5 de febrero, relativo a la organización de la expedición libertadora del Perú, y de tratar a los más prominentes hombres públicos de Buenos Aires, se puso en camino para Liverpool, en ese mismo mes de febrero, acompañado de su secretario Rivas. Por parte del Ministro de Relaciones Exteriores don Gregorio Tagle, se escribió a Gómez noticiándolo de la misión de Irisarri, expresándole que llevaba instrucciones para proceder de acuerdo con él y con don Bernardino Rivadavia, que debía pasar de agente diplomático de las Provincias Unidas ante el Gabinete de Londres.

No pasaron inadvertidos para los agentes secretos británicos en el Plata los trabajos de Gómez e Irisarri, de modo que antes de pisar éste el suelo británico, en mayo de 1819, ya el Foreign Office estaba enterado de los propósitos que llevaban. Mientras tanto, don Valentín Gómez había iniciado sus negociaciones con el Ministro de Negocios Extranjeros de Luis XVIII, barón de Desolle, y a pesar del sigilo con que se realizaron llamaron la atención de los gobiernos europeos, y muy en particular de Inglaterra, cuyo Ministro de Relaciones Exteriores, Lord Castlereagh, aunque enemigo del reconocimiento de la independencia de las colonias españolas de América, deseaba afianzar la situación que el comercio británico comenzaba a adquirir en los puertos americanos abiertos a la libertad del tráfico marítimo.

Irisarri, sin moverse de Londres, se comunicó por escrito, en cifra, con el plenipotenciario argentino, y por intermedio de don Agustín Gutiérrez Moreno, joven neogranadino que había conocido en su anterior viaje a Europa, y que en esta ocasión viajó de París a Londres, llevándole la noticia de que Gómez se había entrevistado en abril con el Ministro de Negocios Extranjeros, a quien había expresado que el gobierno de su país deseaba asegurar su independencia constituyéndolo en monarquía, con un príncipe europeo por soberano. El 1.º de junio conversó nuevamente con el barón de Desolle, quien en esta oportunidad le propuso la candidatura del duque de Luca al trono argentino, a lo que objetó el Plenipotenciario argentino que, si bien ella facilitaría la negociación con el gobierno de Madrid, la entorpecería en Buenos Aires, donde jamás se aceptaría a un príncipe español. El Ministro francés le expresó entonces que era inútil continuar conversando sobre esta base; que si se aceptaba su proposición S. M. se encargaría de recabar del gobierno de S. M. Católica la suspensión de las hostilidades y el reconocimiento de la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Gómez le manifestó que, no teniendo

instrucciones para negociar sobre estas bases, iba a pedir nuevas instrucciones a su Gobierno. Efectivamente, dirigió a él una extensa nota, con fecha 18 de junio de 1819. Con ella en su poder pasó don Agustín Gutiérrez Moreno a Londres, donde recibió instrucciones de Rivadavia y de Irisarri.

Las comunicaciones de Irisarri al Gobierno de Chile, de que era portador Gutiérrez Moreno, estaban fechadas en Liverpool el 21 de julio, y en ellas, sin pronunciarse resueltamente en favor de la erección de monarquías en esta parte de América, señalaba la conveniencia de proseguir las negociaciones con las potencias europeas. Gutiérrez llegó a Buenos Aires en momentos de la mayor efervescencia política, y en circunstancias que el verdadero propósito de su viaje había sido ampliamente difundido por los enemigos de la Administración chilena, entre los que figuraba en primera línea don José Miguel Carrera. Gutiérrez se alojó en casa del agente diplomático de Chile, don Miguel Zañartu, íntimo de O'Higgins y de Irisarri. El 24 de noviembre de 1819 escribía Zañartu a O'Higgins: «Con mi huésped, enviado de Irisarri, que ya está a caballo, para ésa, contesto a Ud. largo su apreciable de 20 de octubre.» No habiendo podido realizar su viaje por la vía terrestre, el correo diplomático quiso arribar a las playas de Chile por la ruta del Estrecho de Magallanes. «Dentro de dos días se embarca Gutiérrez,» escribía Zañartu a O'Higgins el 21 de enero de 1820. «Hablará a Ud. largo», le agregaba. Pero estaba de Dios que este viaje del misterioso personaje no se llevara a efecto sin nuevos tropiezos. Un mes después, el agente diplomático de Chile volvía a escribir al Director Supremo diciéndole: «Gutiérrez, dador de ésta, es un sujeto de buen carácter. Pero yo no le aprobaré a Irisarri que remita semejantes enviados a costa del Estado con comunicaciones de tan pequeño interés. Lo he tenido en casa cuatro meses y, a más de los gastos que me ocasiona su estadía por el aumento de mesa etc., he tenido que darle doscientos pesos. Bien que yo creo que la comisión más es a llevar a su familia, porque el hombre está tan miedoso que me escribe con fecha 11 de septiembre: pasado mañana debe salir la expedición de España. ¿Cuál no sería su espanto si supiera cómo se hallan nuestras cosas?»

¡De poca importancia juzgaba Zañartu las comunicaciones de Irisarri al Gobierno, en que se trataba nada menos que de echar las bases de la organización monárquica en Chile! En realidad, ni Irisarri ni Zañartu tomaron muy en serio el sigiloso asunto de la erección del trono, y concedores del sentir de los hombres públicos de Chile, no le asignaron mayor trascendencia. Pero para el Gobierno británico, los trajines de los agentes de las colonias insurgentes sí que tuvieron, desde la primera hora, la mayor significación política y un carácter bien amenazador.

¡Qué vivir sobresaltado el de esos años angustiosos! La grandiosa empresa en que aquellos hombres se hallaban empeñados, amenazaba derrumbarse por las mil dificultades que se oponían a su feliz logro, y a la inminencia del ataque de una poderosa expedición marítima española, se sumaba la anarquía que devoraba a las balbucientes nacionalidades. La vorágine del desorden político arrastró también al agente diplomático de Chile en Buenos Aires, quien fué expulsado de esa ciudad por orden del Gobernador de ella, don Manuel de Sarratea, el 10 de abril de 1820. Refugiado en Montevideo, siguió desde allí con atención

el desarrollo de la vida política, convencido de que su ausencia no habría de ser de larga duración.

Mientras tanto, ¿qué suerte había corrido el sigiloso correo de gabinete don Agustín Gutiérrez Moreno? Cuando menos se lo pensaba lo tuvo nuevamente de huésped el Ministro de Chile en su refugio transitorio. «Me hallo otra vez con Gutiérrez Moreno,» le escribía apesadumbrado al general O'Higgins el 20 de mayo, «que arribó a este puerto al cabo de cuatro meses de viaje. El picarón del capitán que lleva esta correspondencia no le ha querido dar pasaje en su buque. No sé si por haberse ya descubierto los objetos de su misión, que desagrada mucho a los ingleses, como es natural, o porque ha tenido órdenes del comodoro Hardy, que vive muy reconocido a Sarratea por haberle descubierto el secreto de administración, cuyo conocimiento fue para él de tanta consecuencia, que inmediatamente mandó una corbeta de guerra a su Gobierno con los documentos de este plan. Yo también me he temido que la presencia en Chile de un hombre que ha sido tan anunciado por el pícaro de Sarratea o Carrera, cause algún movimiento en ese país. Por esto es que no sé qué hacerme con él, y espero órdenes de Ud. aunque entre tanto este individuo, que subsiste a mi costa, me come medio lado. Por otra parte sus comunicaciones, aunque ya publicadas por Sarratea, no deben fiarse a otras manos, mayormente en buque inglés.»

Vuelto a Buenos Aires en los primeros días de agosto, después de la caída de Sarratea, Zañartu mantuvo aún a su lado durante algunas semanas al emisario confidencial de Irisarri, quien le desempeñaba las funciones de amanuense, para las cuales se hallaba particularmente capacitado, por cuanto tenía una letra caligráfica de rara perfección. Al fin, cerca de un año después de su llegada a Buenos Aires, pudo el misterioso personaje emprender viaje a su destino, y siguiendo la ruta de la cordillera, arribar a Santiago en septiembre de 1820. Por eso el acucioso y diligente representante diplomático de Chile en Buenos Aires escribía a O'Higgins el 11 de octubre: «Maldito sea mil veces el ladrón de caminos que se habrá divertido con mi trabajo. Pero Gutiérrez, que me ha servido de amanuense, está ya fuera de peligro: va impuesto de todo, y cuando ésta llegue lo supongo a Ud. instruído por aquél de todo lo ocurrido hasta su partida.»

A la llegada de Gutiérrez a Chile, en los largos meses transcurridos desde su salida de Inglaterra, mucho habían cambiado las cosas en el país, y ya nadie se acordaba de los tronos y monarquías en que, en un momento de angustiosa expectativa, se había pensado. Unido con estrecha amistad a los hombres políticos de Chile, en particular al Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores, don Joaquín de Echeverría, el acucioso neogranadino pudo informar, con buen conocimiento de las cosas, de cuanto ocurría y se pensaba en el palacio directorial de Santiago a su amigo Irisarri. Detenido en esta ciudad durante todo el año 1821, Gutiérrez regresó a Europa sólo en abril de 1822, conjuntamente con los enviados del general San Martín ante las Cortes de Europa, don Juan García del Río y don Diego Paroissien, que llevaban una misión no ajena a los trajines monárquicos. Por eso, el general O'Higgins escribía a Irisarri en carta de 16 de marzo de 1822: «Ahora aprovecho el regreso a ésa de Mr. Barry, que será el conductor de ésta, para anunciarle que por el conducto del amigo Gutiérrez Moreno, que muy breve saldrá para ésa en unión de los diputados del Perú

que se hallan en ésta, y son don Juan García del Río y brigadier Paroissien, se dirá a Ud., oficialmente, todo lo que concierne al estado político de estos países, y el corto terreno que se ha adquirido sobre el modo y la forma en que se hayan de constituir estos países, su indecisión por forma alguna de gobierno, hasta no ver cuál es la que toman otros de este continente, lo que servirá a Ud. para su posterior manejo. »

Efectivamente, Gutiérrez arribaba a Londres en septiembre de 1822, con pliegos e instrucciones contrarios a la prosecución de los planes monárquicos. No fue pequeña su sorpresa al ver a su amigo Irisarri convertido en gran señor, gastando las libras esterlinas con mano abierta, con casa y coche a la puerta en París, y haciendo lujo de una holgura que distaba mucho de la estrechez de los años anteriores. ¿Qué había ocurrido? Nada menos que el agente diplomático de Chile, de propia iniciativa, y desoyendo cuantas objeciones se habían formulado a orillas del Mapocho, había contratado un empréstito por un valor nominal de un millón de libras esterlinas, y con cargo a él había comenzado a hacer las más descabelladas inversiones.

Irisarri sabía cuántos reparos se habían puesto en Santiago a la gestión del empréstito, no desconocía la índole de las objeciones formuladas, y juzgó necesario tener un conocimiento preciso de cuanto se dijera en los círculos gubernativos de la capital de Chile. Además, no estaba fuera de lugar recuperar algunos documentos comprometientes que podrían procurarle en el futuro algún mal rato. Ahí tenía a su amigo Gutiérrez para sacarlo del conflicto y, sin mayor vacilación, lo hizo embarcarse nuevamente para Chile, en enero de 1823, en calidad de sobrecargo o consignatario de la goleta *Voltaire*, que había adquirido con cargo a los fondos del empréstito, y que remitió cargada hasta el tope de efectos navales, con rumbo a Valparaíso.

A su llegada a Chile, Gutiérrez Moreno encontró que una grave mutación había trastornado los negocios políticos, que don Bernardo O'Higgins se hallaba en el exilio, y todos los sostenedores de su administración en la desgracia, y que la contratación del empréstito y el manejo de los fondos del mismo habían concitado todas las opiniones en contra del representante diplomático de Chile en Londres. Desde aquí escribió a Irisarri, noticiándolo de todo, y en particular de la posibilidad del envío de un nuevo representante diplomático chileno a Europa.

Gutiérrez, que había venido con el pretexto de establecer una fábrica de loza, pero con el propósito decidido de substraer de los archivos gubernativos cuantos papeles relativos al empréstito pudieran comprometer la gestión de su amigo Irisarri, pudo dar cumplimiento a su escabrosa misión, gracias a la ayuda de Zegers, que era quien manejaba realmente los asuntos del Ministerio de Relaciones Exteriores, y que guardaba por el agente diplomático en Londres la gratitud más reconocida.

En los primeros meses de 1824, quedó ya decidido el nombramiento de don Mariano Egaña, para el cargo de Ministro Diplomático ante las Cortes europeas, con el encargo especial de residenciar a Irisarri y de tomarle cuenta del manejo de los fondos del empréstito; y, a fines de mayo, se embarcaba en Valparaíso a bordo del *Royal Sovereign*, en dirección a Londres. Gutiérrez no dejó escapar esta linda oportunidad, y dándose maña,

logró tomar pasaje en el mismo barco. En los largos meses de la navegación intimó con Egaña y, dándose las de su amigo, pudo averiguarle cuáles eran sus instrucciones, lo que pensaba respecto de Irisarri, y las facultades de que iba premunido para residenciarlo. Sólo después de su llegada a Londres, en que fue objeto de la burla más sangrienta, pudo el nuevo plenipotenciario de Chile comprender la falsedad del carácter del neogranadino, la firmeza de su unión con Irisarri, y el turbio papel que había desempeñado en todos estos trajines. Por eso le escribía a su padre, en carta de Londres de 24 de septiembre de 1824: «Gutiérrez es el hombre más chocante que yo había conocido; su carácter me repugnaba y disgustaba extraordinariamente, aún antes de su última hazaña y, sobre todo, cuando con una cabeza cubierta de canas le veía tan inclinado a conversaciones y recuerdos de que no haría uso un joven de juicio. Sin embargo, yo guardé con él una no interrumpida armonía, sin intimidad. Jamás tuvimos el menor disgusto ni aun indirectamente.»

Desde ese momento Gutiérrez Moreno siguió siendo la sombra de Irisarri, su confidente, su mandadero, su secretario privado y su agente en toda clase de negocios públicos y privados. Separado aquél definitivamente del servicio público de Chile, en agosto de 1824, siguió utilizando sus servicios en sus negocios particulares. Enviado en calidad de agente comercial, en un negocio de minas, a Centroamérica, a mediados de 1825, la huella de Gutiérrez Moreno se pierde desde entonces, como diría un historiador de otra época, en las tinieblas de la historia.